

Implicancias psicosociales de una ruralidad insuficiente

Santiago Andrés Martín - INCIHUSA-CONICET -

santiagoomartin18@gmail.com - 2615105162

PONENCIA COMPLETA

Este trabajo se enmarca en una investigación más amplia, de carácter cualitativo con enfoque etnográfico, cuyo objetivo es analizar la configuración de la salud psicosocial de una comunidad rural de Mendoza desde la perspectiva de la psicología social comunitaria y de la psicología rural. El escenario de trabajo es de características principalmente agrarias y está ubicado en el departamento de Luján de Cuyo. La presente ponencia pretende exponer un itinerario analítico posible para indagar los procesos psicosociales implicados en la reproducción social y, específicamente, en la inserción laboral y la organización comunitaria. Se espera problematizar los alcances de la noción de comunidad en psicología comunitaria a la luz de los hallazgos de campo, de modo que la reflexión aporte a visibilizar la complejidad de los mundos rurales, poniendo de manifiesto cualidades subjetivas específicas que no pueden reducirse sin más a “lo rural” (Conti et al., 2020; Landini, 2015; Montero, 2004).

La tendencia a la multiocupación de las personas de la comunidad, sumada a desigualdades de género en materia de reproducción de la vida y a dificultades en el acceso a servicios públicos, hacen del escenario de la investigación una *ruralidad insuficiente*, en la medida en que no brinda recursos para concretar proyectos vitales sostenibles o satisfacer necesidades inmediatas (Quaranta, 2021; 2023). En ese marco, las dinámicas económicas de la comunidad están compuestas por estrategias que articulan la inserción laboral en fincas o manufactura con prácticas familiares feriantes o de autoconsumo de distintos alcances. Se trata de prácticas económicas que no corresponden de manera exclusiva ni al mercado ni al estado sino que articulan variadas reciprocidades (Narotzky, 2015).

Las transformaciones neoliberales en el agro latinoamericano han tenido efectos asociados a la intermitencia y a la fragilidad de los lazos laborales, al punto que la precariedad se ha instalado como régimen de la organización del trabajo y,

más aún, como una forma de gobierno de la conducta, de los afectos y de los vínculos posibles (Caro et al, 2024). Esto permite pensar en un escenario rural atravesado no solo por la insuficiencia de actividades económicas sino por una precariedad que se extiende a diversas dimensiones vitales.

Indagaciones vinculadas a la sociología del trabajo insisten en la *precariedad vital* como una categoría de análisis de la experiencia en contextos de inestabilidad e inseguridad (Bartolota y Gago, 2023; Masramón, 2025; Piñeiro, 2011; Linhart, 2013). Por su parte, la psicología social comunitaria y rural bregan por la introducción de una perspectiva psicosocial de la subjetividad en el abordaje los escenarios comunitarios y rurales. Es decir, asumen que la subjetividad no se circunscribe a una individualidad intrapsíquica sino que se configura a partir del ensamble histórico de agenciamientos personales, sociales y ambientales (Stolkiner y Ardila, 2012; Del Cueto, 2014; Fernández, 1997). En estos términos pensar en precariedad vital nos permite acercarnos a la experiencia de lo sujetos integrando el carácter insuficiente de las actividades económicas a las afectaciones subjetivas que les son asociadas.

En función de ello surgen preguntas que no pretenden ser respondidas cabalmente en esta instancia pero pueden orientar la reflexión y la discusión. ¿Cuáles son los efectos subjetivos de la precariedad vital en los escenarios rurales actuales? ¿De qué manera los sujetos perseveran en su vida cotidiana en medio de escenarios de profunda precariedad? Si el malestar debe socializarse para ser politizado, ¿qué instancias de escucha, de circulación de la palabra y de sostén simbólico-afectivo pueden disponerse en un escenario de estas características? ¿Qué articulaciones sociales prestan soporte al apuntalamiento subjetivo en escenarios rurales? ¿Quiénes están implicados en ellas? ¿Cuál es el efecto de tales articulaciones en la configuración de la salud psicosocial?

De acuerdo con los emergentes del trabajo de campo se advierten afectaciones vinculadas al deterioro ambiental, la organización familiar y comunitaria, la inserción laboral, la experiencia personal. De modo más específico, se identifica que el malestar se configura a partir de la contaminación y la pérdida del paisaje, las dificultades de acceso a servicios, la percepción de desamparo frente a

instituciones públicas, las prácticas de control que ejercen varones sobre las mujeres de los hogares, los efectos degenerativos del trabajo rural.

Sin embargo, se identifican redes de apoyo social protagonizadas por mujeres de la comunidad que generan ciertas condiciones de posibilidad, materiales y subjetivas, para el sostenimiento de la vida compartida (Pérez Orozco, 2019). Si bien estas redes ofrecen apuntalamiento subjetivo y la posibilidad material de sostener la vida cotidiana, exigen, al mismo tiempo, disposición material, simbólica y afectiva que se traduce, eventualmente, en agotamiento por sobrecarga. A su vez, la distribución espacial de estas redes no es homogénea, de modo que varían las características del apoyo en juego según la localización de los sujetos en el territorio.

Desde tradiciones críticas de la geografía, el territorio se comprende como espacio de expresión de una historia y, por tanto, entraña aspectos materiales y simbólicos (Borde y Torres-Tovar, 2017). En ese sentido, la introducción del territorio en los estudios sobre salud permite descentrar el análisis de los factores biológicos, físicos y químicos del ambiente para privilegiar una lectura sobre los modos enfermar y sanar como procesos sociales situados (Molina Jaramillo, 2018).

En aquellos casos en los que las viviendas se emplazan en las afueras del incipiente aglomerado urbano y, por lo tanto, a mayor distancia de la escuela y el polideportivo local, las personas refieren mayormente formas de afrontamiento individual signadas por la soledad. Cuando se identifican redes de apoyo social vigentes estas suelen asociarse al entorno familiar y están vinculadas a la crianza compartida de animales para autoconsumo, el acarreo de agua en situaciones de escasez, la socialización de alimentos durante el invierno. Algunas personas comentan lo siguiente cuando fueron consultadas por sus modos de afrontamiento:

“[Mi marido] es mayor, es muy difícil. Como él es patrón, y es grande, piensa que todos somos empleados de él, no sabe distinguir, pero bueno. Te lo tenés que tratar de consumir sola...” (Vecina, 2025).

“Me traje un antenita de Starlink y mi única interacción es con las cosas que me interesan... ahí encuentro soluciones con la frustración [...] Termino agarrando esas frases de internet, disfruté el sol, las pocas cosas que tenés” (Vecino, 2025).

En estos casos se identifica cierto empobrecimiento de las tramas vinculares debido al escaso repertorio organizativo y estrechez de las modalidades de afrontamiento. Por su parte, en las entrevistas a personas que viven alrededor del barrio y de las instituciones locales se advierte la participación en gestionar un merendero comunitario, el cuidado colaborativo de niños y niñas durante el trabajo en las fincas, el sostenimiento de actividades recreativas en un playón municipal, entre otras. Es decir, se identifican, de modo más llamativo, prácticas de apoyo basadas en articulaciones vecinales e institucionales. Algunos recortes para ilustrar este asunto:

“Después de que murió mi papá yo estaba muy atendiendo a mi hija que lo quería mucho y me olvidaba de mí. Ella iba a una psicóloga y yo no. En un momento yo ya no quería seguir... ¿me entendés? [se conmueve] Y por eso me vine al merendero... así salgo, no estoy todo el día encerrada...” (Vecina, 2023).

“Cuando salí de la escuela, la escuela siguió siendo la escuela, ¿viste? Seguí en contacto igual para poder integrarme a la comunidad, para estar en contacto con todos. Ya te digo, la escuela es para conocerse... te vinculas, vas haciendo amistad o si necesitas un favor hay alguien” (Vecina, 2023).

“A mi me ha pasado que hablando con otras madres del taller me dí cuenta que estaban pasando por lo mismo que yo, y me alivió sentir que era algo normal lo que estaba sintiendo” (Vecina, 2023).

Se identifica que estas prácticas prestan soporte de carácter material, simbólico y afectivo en la medida en que habilitan el mutuo reconocimiento, la circulación de información y experiencias de vida, la regulación emocional. A su vez están implicadas en el fortalecimiento de la participación y la integración comunitaria.

Esta breve caracterización nos hace tomar distancia de un concepto tradicional de comunidad en psicología comunitaria de corte sustancialista que ha hecho de la semejanza y, más aún, de la conciencia de esa semejanza, la amalgama de la comunidad (Montero, 2004). Lejos de evidenciar la existencia de una comunidad homogénea, consideramos que las redes de apoyo vigentes dan cuenta de un *entramado comunitario* que articula instancias organizativas heterogéneas y

dinamiza prácticas variadas de reciprocidad, aunque no exentas de tensión (Gutiérrez, 2017; 2023). Reconocer la existencia de un entramado comunitario permite designar la multiplicidad de experiencias que convergen, aún con diferencias, en el trabajo de participar del sostenimiento de la vida (Gutiérrez, 2020). El entramado comunitario abre, siguiendo a Pérez Orozco (2019), una opción para colectivizar la responsabilidad de garantizar las condiciones de posibilidad de la vida, puesto que ni sus atributos materiales ni subjetivos se producen de modo automático.

En ese sentido, el entramado comunitario constituye una plataforma para el desarrollo de lo que denominamos *estrategias subjetivas de subsistencia*. Se trata de procesos psicosociales que incluyen prácticas y representaciones para el conocimiento del mundo instauradas en un terreno liminal entre lo individual y lo colectivo. Son tales estrategias las que hacen vivible la cotidianidad en contextos de precariedad vital ya sea por la naturalización de las condiciones de vida precarias, asimilando situaciones riesgosas a lo familiar, o bien por su problematización, desmontando la naturalidad de las condiciones de vida (Montero, 2004; Soliz, 2013).

Ahora bien, el entramado comunitario implica la activación de un enorme abanico de prácticas sociales que no han sido tematizadas tradicionalmente como trabajo, aunque contribuyen directamente a la actualización del sistema económico y político en su conjunto (Federici, 2018). Así es que los entramados comunitarios no revelan una organización social caracterizada por la armonía, sino que actualizan desigualdades de género estructurales y provocan afectaciones entre las mujeres participantes vinculadas a la sobrecarga de tareas o a las diferencias entre sus estilos de vida (celos, enojos, cansancios).

Resumidamente, consideramos que en los escenarios rurales signados por precariedad vital lo comunitario no funciona como unidad homogénea. Lo comunitario toma la forma de una trama de consistencia variable, cuya operatividad se presenta de modo intermitente. Ahora bien, a pesar de su carácter episódico y fragmentario, el entramado comunitario, lejos de “licuar” sus posibilidades de proyección política, guarda capacidad para articular variados procesos y prácticas sociales. Estas articulaciones no están exentas de tensiones puesto que se basan en

la participación desigual de varones y mujeres, aunque sus efectos contribuyan al conjunto de la comunidad en cuestión. Por su parte, consideramos el entramado comunitario como un espacio anímico en la medida en que allí se generan, ensayan y circulan unas *estrategias subjetivas de subsistencia* que hacen posible el afrontamiento de la precariedad y, en última instancia, la sostenibilidad de la vida.

Referencias bibliográficas

Barttolotta, L. y Gago, I. (2023). *Implosión. Apuntes sobre la cuestión social en la precariedad*. Tinta Limón.

Borde, E., & Torres-Tovar, M. (2017). El territorio como categoría fundamental para el campo de la salud pública. *Saúde debate*, 41, 264-275.

Caro, P., Margarit, D., Armijo L. Cárdenas, M. E. (2024). Precariedad subjetiva y reconocimiento en las trayectorias del trabajo de temporeras de la fruta en Chile. *Universum*, 39 (2).

Conti, S.; Olivera-Mendez, A.; Landini, F. y Monteiro, R. (2020). Psicología rural en América Latina: Proceso de institucionalización, reflexiones epistemológicas y desafíos. En Calegare, M. y Sousa da Costa Mezzalira, A. *Processos psicossociais vol.1: prática e reflexões sobre educação, saúde, ruralidades e política* (pp. 149-248). Alexa Cultural; Edua.

Del Cueto, A. M. (2014). La salud mental comunitaria: vivir, pensar, desear. Fondo de Cultura Económica.

Fernández, A. M. (1997). Notas para la constitución de un campo de problemas de la subjetividad. *Investigaciones Psicológicas - Revista del Instituto de Investigaciones de la Facultad de Psicología*, 2 (3).

Gutiérrez, R. (2017). *Entramados comunitario-populares*. Traficantes de Sueños.

Gutiérrez, R. (2020). Producir lo común. Entramados comunitarios y formas de lo político. *Re-visiones*, 10.

Gutiérrez, R. (2023). Formas políticas y reproducción de la vida. *Cuadernos de Sociología UCM*, 11.

Landini, F. (2015) La noción de psicología rural y sus desafíos en el contexto latinoamericano. En Landini, F. (Coord.) *Hacia una psicología rural latinoamericana*. Buenos Aires: CLACSO.

Linhart, D. (2013). La emergencia de una “precariedad subjetiva” en los asalariados estables. En *Crisis y precariedad vital. Trabajo, práctica sociales y modos de vida en Francia y España*, pp. 67-84.

Masramón, E. (2025). Multitud implosionada: precariedad y tonalidades emotivas. *Millcayac Revista Digital de Ciencias Sociales*, 12(22)

Molina Jaramillo, A. N. (2018). Territorio, lugares y salud: redimensionar lo espacial en salud pública. *Cadernos de saúde pública*, 34(1),1-12.

Montero, M. (2004). Introducción a la psicología comunitaria. Buenos Aires: Paidós.

Narotzky, S. (2015). Economías ordinarias: valores escondidos. Otra antropología de la crisis desde el sur de Europa. *Antrópica. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, 1 (2), pp. 67- 76.

Quaranta, G. (2021). Población, hogares y ocupaciones rurales frente al cambio social. Santiago del Estero, Argentina. *Interdisciplina* 9 (25), pp 19-49.

Quaranta, G. (2023). Ni campesinos ni obreros rurales: la población rural en un contexto agrario insuficiente. *Revista Euroamericana de Antropología*, 14, pp. 103-124.

Perez Orozco, A. (2019). *Subversión feminista de la economía. Aportes para un debate sobre el conflicto capital-vida*. Traficantes de Sueños.

Piñeiro, D. (2011) Precariedad objetiva y subjetiva en el trabajo rural: nuevas evidencias. *Revista de Ciencias Sociales. Departamento de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales*, 24 (28).

Soliz, M. F. (2013). Procesos psicosociales en recicladores(as) del basural a cielo abierto de portoviejo. *Revista Latinoamericana de Psicología Social Ignacio Martín-Baró*, 2 (2), pp.91-123.

Stolkiner, A. y Ardila, S. (2012) Conceptualizando la salud mental en las prácticas: consideraciones desde el pensamiento de la medicina social/salud colectiva latinoamericanas. *VERTEX Revista Argentina de Psiquiatría*, 23, pp.57-67